

DANIEL DÍAZ MANTILLA
El salvaje placer de explorar

bokeh *

© Daniel Díaz Mantilla, 2016

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

ISBN: 978-94-91515-35-4

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ABISMO

Hay algo muy sutil y muy hondo en
volverse a mirar el camino andado...
El camino en donde, sin dejar hue-
lla, se dejó la vida entera.

Dulce María Loynaz

La entrada es discreta: una angosta rendija entre las rocas, una fisura que el caudal de un antiguo arroyo fue ampliando hasta alcanzar apenas medio metro de ancho. Al pie del farallón, casi invisible tras el montículo de tierra que la lluvia ha ido acumulando entre los bloques caídos de la ladera, la cueva parece pequeña y poco seductora. Eso pensamos la primera vez que la vimos, hace ya doce años.

Era la temporada más húmeda del verano, los aguaceros se sucedían a diario y en nuestras mochilas pesaba como plomo la ropa mojada. Al caer la tarde, invariablemente, el cielo se oscurecía en tempestades que duraban hasta la noche y la cueva hubiese sido un buen lugar para acampar, de no ser por el charco que inundaba el saloncito.

Recuerdo que Rey avanzó con el agua sobre las rodillas hasta una piedra casi plana que sobresalía a manera de balsa en el centro de la gruta y, parado sobre ella, dijo que prefería quedarse a dormir allí antes que seguir trastabillando como un condenado bajo la lluvia.

Jude y yo nos reímos de su idea, pero afuera continuaba lloviendo y pronto oscurecería. La perspectiva de seguir casi a ciegas entre los matorrales y el fango, sin esperanzas de llegar a algún sitio seco donde guarecernos, era deplorable. Por otra parte, la piedra estaba bastante pulida y, aunque dura, ofrecía espacio suficiente para un pequeño campamento de emergencia.

Aquella noche, contando las tediosas horas y quejándonos de nuestra pésima suerte mientras en vano tratábamos de conciliar el sueño, escuchamos el ruido aterrador de la succión: fue un ronquido largo y viscoso, como si una inmensa garganta se dispusiera a tragarnos.

—¿Qué pinga es eso? —gritó Jude y se levantó de un salto.

Jude hablaba así. Detrás de sus labios finos y sus ojos color miel había un animal salvaje. Su verdadero nombre era Judith, pero todos le decían Jude y a ella parecía gustarle aunque fuera un nombre masculino, o quizás por eso mismo. No sé, nunca hablamos al respecto. Lo cierto es que, si se le antojaba, Jude podía ser tan brutal como un estibador o más amable que una cortesana, y ni a Rey ni a mí nos molestaba la versatilidad de su carácter o el lenguaje en que se expresaba.

Aquella noche, con el corazón desbocado por el susto, encendimos las linternas y miramos en dirección al ruido sin sacar un pie de nuestras camas. El agua fluía hacia un agujero pequeño, casi oculto entre las rugosidades de la roca, y del otro lado, todavía audible, la garganta seguía tragando. La luz se perdía en su interior como en un hueco negro y dedujimos que se trataba de un sifón, un pasaje hacia galerías más profundas, la puerta a un mundo subterráneo y tenebroso por donde quizás el viejo arroyo continuaba su curso, quién sabía hasta dónde.

A la mañana siguiente, cansados por la mala noche y felices de dejar atrás aquella cueva inhóspita, desmontamos el campamento y reanudamos el viaje. Nuestra intención era atravesar la cordillera de

sur a norte hacia el mar y pasar un último día refrescándonos en la desembocadura de un río que bajaba de la sierra, antes de regresar por fin a la ciudad. Era tal vez un estúpido modo de aprovechar las vacaciones, o al menos eso pensaba la mayoría de nuestros coetáneos. Pero así éramos en aquel tiempo: jóvenes, intrépidos, amigos de la vida silvestre y la aventura. El confort y las diversiones urbanas no lograban satisfacer plenamente la sed de experiencias que nuestra vitalidad demandaba. Necesitábamos más, mucho más que fiesta y videojuegos, el cuerpo nos pedía adrenalina y libertad, una mezcla que sólo las montañas podían darnos.

No sabíamos entonces que esa noche marcaría un punto de cambio en nuestras vidas. No sabíamos que esa cueva era el comienzo de una extraña obsesión, una curiosidad que en los años posteriores nos obligaría a regresar una y otra vez, dominados por el propósito de descubrir adónde conducían sus interminables laberintos. Pero esa mañana, ateridos e insomnes, salimos sin mirar siquiera atrás y nos adentramos en el monte, maldiciéndola.

Un mes más tarde, cuando el recuerdo de aquella noche comenzaba ya a borrarse, Jude nos sorprendió con la propuesta de volver. Desplegó un mapa sobre la mesa y se extendió en explicaciones sobre la geografía de la zona. La cueva, aquel agujero fangoso donde nos habíamos refugiado, parecía ser mucho más que una simple gruta: abierta en un angosto valle entre las lomas, en el centro de la sierra, era en realidad un antiguo sumidero, la entrada de un río que todavía existía y cuyo cauce se extendía bajo la cordillera, a través de kilómetros, para resurgir en la ladera norte, muy cerca ya del mar. Y aquella agua turbia que nos había asustado al pasar rugiendo por el sifón, era con seguridad la misma agua fresca y limpia donde nos habíamos bañado después, junto a la costa.

—Tenemos que volver —insistió Jude—, tenemos que explorar esa cueva —dijo, intentando contagiarnos su entusiasmo.

Rey estudió el mapa en silencio. Luego alzó la vista y nos miró con cara de angustia. Era obvio que la idea no le gustaba demasiado, pero no se atrevía a decirlo. Jude podía ser brutal cuando alguien arruinaba sus planes.

—¿Y tú qué crees? —me preguntó.

Yo me encogí de hombros y asentí sin efusividad. Había leído algunos artículos sobre la espeleología y, aunque no me apasionaba mucho la idea de arrastrarme por recovecos oscuros y llenos de animales peligrosos, pensé que esa nueva aventura sería interesante.

Dos semanas después estábamos otra vez sobre aquella piedra dura, empapados, buscando el modo de pasar a través del sifón. Jude se recogió el pelo en un moño, se ajustó la linterna en la frente y se sumergió. Vimos su luz desaparecer en la turbidez del agua y esperamos. Teníamos la certeza de que regresaría enseguida, defraudada y quejándose de que el sifón era demasiado estrecho, o demasiado largo. Mas los minutos pasaron hasta que ya la espera nos pareció excesiva.

Rey agarró su linterna y se sumergió sin hablar. Yo encendí un cigarro para entretener el tiempo, pero eventualmente también pensé que esperaba demasiado y decidí ir tras ellos. El sifón era corto y fácil de vencer. Del otro lado, el agua escurría por una galería baja hasta embocar en un salón más amplio. Allí, represada entre los bloques de un viejo derrumbe, formaba un pequeño lago.

En la orilla distinguí las luces de mis amigos y fui a su encuentro. —¿Qué me dicen ahora —preguntó Jude—, tenía razón o no?

Estaba eufórica. Temblaba con la cara sucia de fango y la piel erizada bajo la camiseta, pero no podía contener su alegría. Junto a ella, Rey también se mostraba animado. Sabíamos que nadie antes había estado allí, éramos los primeros en pisar aquel sitio y sentíamos que un territorio nuevo y desconocido se dilataba ante nuestros pies como una invitación a explorar, a descubrir. Aquella sensación resultaba embriagadora.

Subí hasta la parte alta del salón y miré en torno. El lago formaba una media luna junto a la pared izquierda y se detenía al borde de un abismo. Pero hacia la derecha, sobre un lecho de rocas, la tierra seca y asentada parecía un buen lugar para establecernos.

—Traigamos las mochilas —dije.

Pasarlas entre las piedras por el estrecho boquete sumergido fue difícil. En bolsas plásticas, cuidando que los ásperos salientes no rasgaran el frágil envoltorio, fuimos llevando poco a poco las cosas. Terminamos exhaustos, con los dedos entumidos y casi a punto de la hipotermia, pero la aventura apenas empezaba y estábamos ya ansiosos por ver qué nuevas incógnitas aguardaban allende el abismo que se abría junto al lago. De modo que cambiamos nuestras ropas mojadas y, tras un breve descanso, atamos a una piedra la única cuerda que traíamos y emprendimos el descenso.

Ocho metros más abajo hallamos la primera bifurcación. Un pasadizo de barro ascendía abruptamente a nuestra izquierda y parecía conducir de vuelta a la superficie. Del otro lado, la galería se ensanchaba y continuaba bajando, aunque con menos pendiente. Avanzamos por ella hasta una zona mucho más holgada. El aire, húmedo y frío, se condensaba aquí en una niebla espesa, impidiéndonos ver con claridad el piso. Había otras bifurcaciones, desniveles y charcos de rebordes altos que formaban curiosas barreras y que nos obligaban a levantar demasiado los pies. Nos movíamos con dificultad. Nuestras botas anegadas pesaban como lastres, ora adhiriéndose al suelo barroso, ora hundiéndose en el agua helada. Tanteábamos en derredor, pero los límites se desvanecían a ambos lados del recinto y entre las tinieblas cada vez más profundas era fácil desorientarse.

Para no perdernos, decidimos avanzar pegados a la pared. En la caliza áspera, incrustaciones de otras rocas más oscuras y filosas cortaban nuestra piel cada vez que las tocábamos. Pero adentrarnos a ciegas en aquel espacio abierto era demasiado arriesgado. Lo más

conveniente era no penetrar hacia el centro, por más que el vacío nos llamara.

Rey iba delante. Caminaba deprisa como si el miedo lo espoleara y con un tono de creciente preocupación en la voz nos apuraba a cada paso. Jude y yo lo seguíamos intentando reducir la distancia, pero entre las sombras apenas si distinguíamos la luz de su linterna.

—Espera —le pedía Jude inútilmente, y cuando algún obstáculo la hacía tropezar, gritaba con furia—. ¡Que te esperes, cojones!

Pero Rey parecía no escuchar.

De pronto oímos un ruido y lo perdimos de vista. Gritamos al unísono y corrimos hacia él. Se había caído en un hueco. Por suerte el agua lo llenaba hasta el tope y no sufrió daños graves, sólo algunos rasguños superficiales en la espalda y los brazos. Lo ayudamos a salir. Estaba pálido del susto y, entre bromas y burlas, recriminamos su actitud antes de continuar. Pero ahora la ropa mojada enfriaba con rapidez su cuerpo y el miedo sustituía su anterior disposición por una torpeza insufrible. Al cabo de pocos minutos, frustrados por el percance, tuvimos que regresar afuera.

Esa fue nuestra primera incursión en la caverna. No vimos estalactitas ni cristales alucinantes, nada de los maravillosos paisajes subterráneos que las fotos de otras cuevas mostraban. Sin embargo, estábamos decididos a seguir explorándola. Incluso Rey, a pesar de sus golpes y los regaños que recibiera por dejarnos atrás, insistía en volver y prometía ser más cuidadoso.

Sin dudas, aquella sensación de estar pisando un lugar donde ninguna otra persona hubiese estado antes, había calado con fuerza en nuestro espíritu y nos había transformado: éramos pioneros, teníamos ahora a nuestro alcance un mundo lleno de enigmas y prometedoras aventuras, y aunque arriesgado, era demasiado tentador para rechazarlo. Por otra parte, esa exploración inicial nos había enseñado un par de cosas: primero, que la cueva exigía respeto. Andar por ella no era un simple paseo de domingo; había

peligro a cada paso y, si queríamos hacerlo, debíamos aumentar las precauciones. Además, el equipaje debía ser compacto y eficiente. Necesitábamos mejores linternas, cuerdas, instrumentos de escalada, brújulas y una ropa más acorde al extremo ambiente subterráneo.

Seis meses después, mejor preparados, regresamos a la cueva. Aquel salón brumoso resultó ser en realidad la confluencia de varios túneles, algunos de los cuales se abrían a niveles superiores, y en ellos, como en un palacio de ensueño, los cristales crecían en fantásticas formas. Frágiles, casi irreales, las infinitas estructuras de la roca resplandecían a la luz de nuestras lámparas: delgados tentáculos escarlatas detenidos en su lento y caprichoso crecimiento, destellos sin fin, largas agujas translúcidas cuyas puntas se abrían en filigranas de vidrio, estrellas de un blanco perfecto, flores arroadoras, minúsculas gotas de agua condensadas en el borde aserrado de delicadísimas cortinas y escurriendo por el suelo hacia una red de lagunas ondulantes, en cuyo fondo, como si no bastara toda la asombrosa exhuberancia del techo y las paredes, encontrábamos a cada paso nuevas morfologías de piedra: corales, bosques, cerebros pulidos como perlas de ámbar y marfil...

Caminábamos sin aliento, preguntándonos qué leyes de la química y la física habían generado esa sorprendente profusión de formas, qué ciencia osaría clasificarlas, qué términos darían nombre a la indescriptible magia que habitaba en ellas. Rey, por su parte, había aprendido su lección y se comportaba con más responsabilidad, sabiendo que un simple tropiezo aquí podía significar la muerte de los tres.

El viaje fue un éxito. A partir de ese momento, víctimas ya de una fiebre que nos dominaba, asumimos la tarea de cartografiar la cueva y tomar nota del avance en su exploración. Durante años, enfrentando los riesgos que a cada paso surgían y venciendo dificultades que a otros con certeza hubiesen hecho desistir, fuimos

descifrando el laberinto de sus oscuras galerías. Parecía haber al menos cuatro niveles superpuestos: el más alto era un cauce fósil, seco y totalmente cristalizado, como aquel que vimos en nuestra segunda expedición; en los niveles inferiores, por el contrario, a medida que descendíamos las formaciones secundarias se tornaban escasas y la humedad aumentaba. El nivel más bajo, intransitable en la época de lluvias, era el cauce actual del río y progresaba casi en línea recta de sur a norte a través de varios sifones.

Había numerosas confluencias entre esos niveles, encrucijadas, tubos angostos y verticales, grandes salones de puntal elevado donde el haz de las linternas más potentes se perdía entre penumbras. Pero de entre todas esas confluencias, recuerdo especialmente la primera vez que accedimos al nivel inferior. Veníamos por un pasadizo casi rectangular. El techo era una inmensa laja de roca sólida a la altura de nuestras cabezas y en el piso, arrastrados desde algún lugar más alto por la fuerza descomunal de la corriente, yacían los fragmentos de grandes columnas. De pronto, tras un ligero declive, arribamos a una especie de playa. La arena era blanca y fina, el río fluía con mansedumbre por una galería perpendicular a la nuestra y en su lecho, triturados y pulidos por la erosión, los pedazos de viejas estalactitas parecían guijarros. Recuerdo que veníamos cansados, sudando por el esfuerzo de una larga travesía, y que mientras nos bañábamos en esa playa oscura tuve por primera vez una imagen nítida de cuánta violencia podía desatar aquel río fresco y transparente: «Si era capaz de machacar así las duras rocas —pensé entonces—, ¿qué no haría con nuestros débiles huesos?»

Pronto el campamento junto al sifón de la entrada dejó de sernos útil. Al adentrarnos más en las profundidades de la caverna, que contaba ya varios kilómetros, se nos fue haciendo necesario encontrar otros lugares para dormir. Escogíamos siempre sitios altos, evitando así que una crecida repentina nos sorprendiera. Pero a pesar de todas nuestras precauciones, más de una vez las aguas

nos cercaron y estuvimos a punto de ser barridos por su atronadora embestida. En aquellos campamentos, a salvo de cualquier eventualidad, acumulábamos recursos imprescindibles para las prolongadas permanencias que hacíamos en la temporada seca del año.

Un extraordinario júbilo nos embargaba cuando, tras largas jornadas de trabajo en la más absoluta sombra, regresábamos afuera. Los colores vivos del bosque, el canto de los pájaros y el calor del sol, adquirirían entonces una plenitud y una belleza excepcionales para nuestros sentidos habituados al silencio, el frío y la oscuridad.

Recuerdo especialmente una tarde en que, después de una exploración de varios días, nos detuvimos a descansar en nuestro primer campamento. Rey advirtió que un delgadísimo rayo de luz atravesaba el sifón de la entrada y se le ocurrió una idea: colocó a Jude de espaldas al sifón, cuidando que el haz diera en su cabeza a la altura de los ojos, y le pidió que girara muy despacio sobre sus pies. Cuando la luz tocó sus iris acostumbrados a la penumbra, fue como el estallido de una supernova en una noche sin estrellas, como una revelación.

—Es increíble... —murmuró ella y sonrió—, parece un *aleph*.

Desde aquel día su relación con Rey se tornó más cordial. Como si el simple hecho de compartir esa experiencia los uniera por encima de cualquier desacuerdo, nunca volvió a lanzar contra él sus feroces embestidas, sino que, por el contrario, se esmeraba en hacerlo sentir bien, incluso cuando era obvio que merecía un cocotazo.

De vuelta a la ciudad, sin embargo, guardábamos en secreto nuestras aventuras. El diario que llevábamos y el mapa que poco a poco componíamos, celosamente ocultos de la vista de los otros, sólo serían publicados cuando encontráramos la salida.

Para las últimas exploraciones, ya en el nivel más profundo, teníamos que emplear botes de goma y trajes térmicos. Acampar en esta zona, donde el río fluía con todo su caudal, era impensable.

Pero avanzando lentamente nos fuimos acercando a la ladera norte de la cordillera. Superponiendo nuestro mapa a las cartas topográficas de la región, calculábamos algo menos de un kilómetro hasta el resolladero.

En ese último tramo el río caía en cascada a través de una serie de grietas muy filosas antes de surgir por fin al valle. Era difícil descender bajo la presión del torrente, lo habíamos intentado ya un par de veces y en cada ocasión tuvimos que regresar sin conseguir más que magulladuras y frustraciones. Ahora, nos disponíamos a intentarlo una vez más. Rey pensaba que sería mucho más fácil si bajábamos por la pared opuesta a la cascada, pero llegar hasta allí suponía bordear un abismo resbaladizo y sin apoyos. En una primera etapa colocaríamos los anclajes; luego, con las cuerdas instaladas, bajaríamos hasta la siguiente cascada para fijar nuevos anclajes. La tarea tomaría más o menos tiempo según la cantidad de saltos, pues estimábamos que la altura total hasta el punto más bajo sería de cuarenta metros: un par de días de esfuerzo, pero un par de días que pondrían término a la aventura de muchos años.

Cuando la temporada de lluvias acabó y la hierba empezaba a secarse en los jardines, recogimos nuestras cosas. Sin euforia, casi sin hablar, hicimos el trayecto hasta la cueva y avanzamos hacia el último campamento. Allí, tras un largo día de descanso, inflamos las balsas y navegamos río abajo rumbo a las cascadas. El sonido del agua fue haciéndose más fuerte y, con él, el latido de la sangre en nuestras sienes. Desembarcamos en un recodo cerca del salto e inmediatamente comenzamos a preparar los equipos. No había tiempo que perder, esta era la parte más peligrosa y un simple chaparrón en la superficie podía hacer que aquí, ajenos a cuanto ocurría afuera, la corriente nos arrastrara.

Por fin todo estuvo listo. Rey se colgó el martillo y una bolsa de *spits* al cinto. Comprobó el agarre, los nudos, la cuerda que lo sujetaba, y miró abajo unos segundos.

–Hay algo muy sutil y muy hondo –dijo– en volverse a mirar el camino andado.

Jude soltó una carcajada.

–Todo va a estar bien –le dijo–. No te pongas patético.

Pero él la abrazó de pronto y la besó en los labios.

La había tomado por sorpresa. Fue un beso largo, apasionado, y supe entonces que desde hacía algún tiempo lo deseaba. Jude no hizo resistencia. Cuando se separaron, sonreía.

Luego Rey se acercó al borde y empezó a clavar el primer *spit*. La tarea era ardua, pero en menos de lo que suponíamos alcanzó la pared opuesta. La etapa inicial había concluido y Rey regresó para reposar y comer algo.

Era mi turno ahora. Avancé siguiendo la ruta de Rey y descendí hasta la base de la primera cascada. Doce metros en vertical, colocando anclajes para mantener la cuerda firme ante la presión del torrente e intentando no tragar demasiada agua, me tomaron casi un par de horas. Desde aquí, el río caía otros tres metros en saltos cortos para desembocar en una cisterna. El techo era alto y los márgenes ofrecían bastante espacio para establecernos. Pero la segunda cascada, muy abierta hacia los lados, habría que afrontarla bajo el embate directo del chorro.

Volví arriba con las noticias. Jude y Rey habían calentado un poco de leche y, tras un breve descanso, recogimos los equipos y bajamos. Faltaban todavía veinticinco metros verticales, sin embargo, estábamos seguros de lograrlo.

El nuevo campamento resultó excesivamente húmedo. La aspersión de la cascada superior lo empapaba todo, y aunque manteníamos la comida y la ropa de dormir en bolsas plásticas, permanecer allí se hacía incómodo.

Jude localizó una buena cornisa para el próximo descenso. El agua nos daría menos problemas, al menos por un rato. Rey aseguró las cuerdas y ya se disponía a bajar cuando Jude lo detuvo.

–Me toca a mí –dijo.

La miramos en silencio. Clavar *spits* en una pared no es tarea sencilla, menos aún cuando tienes sobre la cabeza todo el peso de un caudal profuso. El ruido te desorienta, el agua no te deja ver ni respirar, y con cada martillazo el cansancio te va agotando hasta que ya no alcanzas a levantar los brazos. Si la cascada era alta, como suponíamos, Jude se vería en aprietos y su obstinación podía jugarle una mala pasada. Pero decirle sin más que no iba a lograrlo sería provocar un problema serio. Habría que escucharle todo su arsenal de insultos y argumentos feministas, aunque en el fondo no se tratara de ser mujer u hombre, sino de simple fuerza muscular, y en este sentido Jude no competía con nosotros; mas tampoco eso lo aceptaría de buen grado. «Ahora sí estamos jodidos», pensé. No obstante, Rey encontró una salida:

–¿Por qué no vamos los dos? –le sugirió con mansedumbre y Jude estuvo de acuerdo.

Los vi desaparecer en el torbellino espumoso y quedé solo, atento a la presión de las cuerdas y vigilando el nivel del río durante horas interminables. Por fin, cuando ya empezaba a temer lo peor, vi el casco de Rey asomarse entre las aguas.

–¿Todo bien? –pregunté con ansiedad.

Él terminó de salir y sonrió.

–Quince metros –dijo–, ganamos quince metros más –y zafándose el casco fue a sentarse en el borde interior de la cisterna.

Tenía los ojos y la piel irritados. Las manos le temblaron cuando agarró el jarro de café que le ofrecí. Tomó un trago largo, respiró profundo y añadió:

–Esta vez sí vamos a lograrlo. Faltan sólo diez metros.

Recogí despacio el campamento y esperé a que Rey se recobrarara antes de bajar. La segunda cascada no terminaba en un estanque, sino que se iba inclinando gradualmente hasta una grieta casi horizontal. El río fluía vertiginoso al principio, después volvía

a apaciguarse en una galería profunda donde era posible navegar. Allí, sentada en un saliente, Jude nos esperaba aterida.

Inflamos otra vez las balsas y dejamos que el río nos llevara. Todavía tratábamos de mantener un registro de nuestra exploración, pero desde que bajamos la segunda cascada las labores cartográficas se redujeron a un simple croquis sin exactitud. Estábamos exhaustos, el frío consumía deprisa nuestras ya menguadas energías y me venía con insistencia a la mente el temor de que un obstáculo nos impidiera alcanzar la salida. Remontar la corriente de regreso empezaba a parecernos imposible. Era el punto de no retorno, y la convicción con que Rey había dicho que íbamos a lograrlo se me antojaba una manera de darse aliento ante la certeza de que no había vuelta atrás.

Pronto escuchamos el estrépito de la tercera cascada. Sabíamos que no sería tan alta como las anteriores y eso nos animaba, aunque los rostros de Jude y Rey —y también seguramente el mío— reflejaban ya señales del extremo cansancio y la inquietud que nos embargaban.

La cueva giraba hacia el oeste y se iba ampliando hasta formar una laguna. En la pared izquierda, que ahora apuntaba casi al sur, varias coladas se adentraban en el lago y dejaban ver la boca de una galería más alta: era un cauce antiguo, el camino hacia un nivel superior que, en el peor de los casos, podía resultar un buen refugio. A la derecha, el río caía a través de varios saltos escalonados antes de lanzarse en la última cascada.

Una extraña claridad crecía en torno a medida que nos aproximábamos al borde. Muy cerca ya, un destello azul y luminoso nos golpeó los ojos. Era un pedazo de cielo, un haz de luz que se filtraba desde el techo a través de una claraboya. Apagamos las linternas y miramos en derredor. Un brillo tenue se esparcía sobre el agua y reflejaba en las paredes el ondular de la corriente. El aire traía ahora un olor distinto, un aroma sutil de bosque y tierra.

Jude gritó de alegría. Hubiésemos saltado sobre nuestras balsas de no ser por el peligro, todavía latente, de que el río nos arrastrara.

Remamos hasta un promontorio en la pared derecha, sacamos la balsa y nos asomamos a la cascada. Tenía apenas seis metros y se derramaba en dos saltos sobre una poceta. Había bañistas allí y, entre el ruido del agua, era posible oír los vagos acordes de una música distante.

–Esto huele a mierda –dijo Jude.

Tras años de sacrificio, el desánimo volvía a rondarnos. Muchas veces habíamos soñado con el momento en que por fin alcanzaríamos la salida de la cueva. Ahora ese momento había llegado, pero no estábamos felices. Nunca imaginamos que sería así: tan vulgar, tan poco digno de nuestro esfuerzo.

Instalamos las cuerdas sin hablar y descendimos. Abajo nos recibió el aplauso y la curiosidad de los campistas.

–Cerdos –murmuró Rey con acritud, señalando los estúpidos *graffiti* en las paredes y la basura que se acumulaba en todas partes: papeles, latas, bolsas plásticas.

Sucios y hambrientos, salimos al valle. Habían construido una cafetería junto al salón del resolladero. Un senderito con barandas de madera conducía hasta la carretera. Allí, en un kiosco de colorines, nos exigieron pagar el boleto de entrada.